

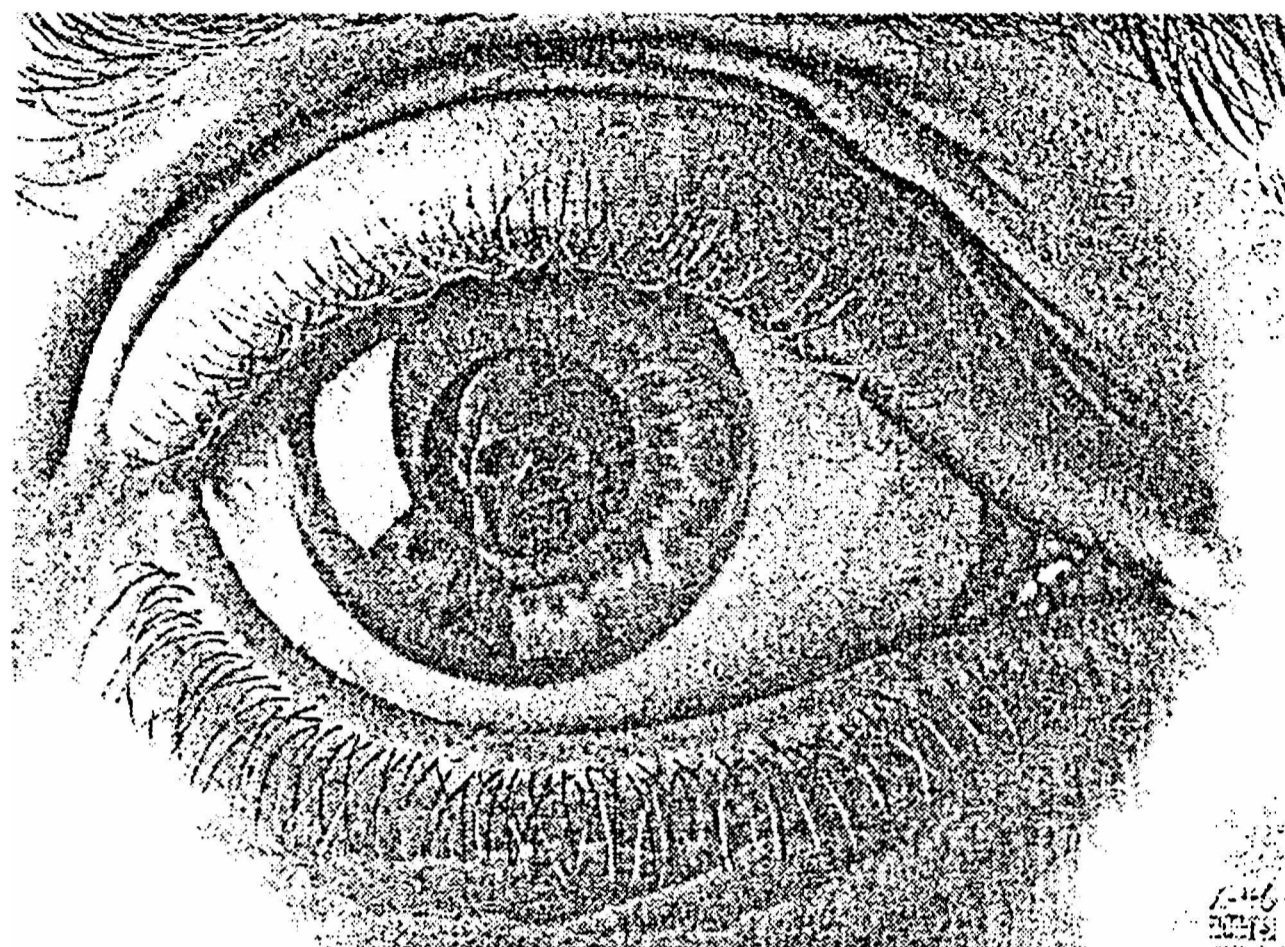
EN EL REFLEJO DE LA MIRADA O LA AGONIA DEL INSTANTE

Vivimos tiempos en que la pregunta por el sujeto ya no pasa por su sustentación lingüística, sino por el valor heurístico y pragmático de sus atribuciones. De hecho, para algunos el sujeto ya ha firmado el certificado de defunción, mientras que para otros la búsqueda del sujeto parece convertirse en un problema planteado por Diógenes. Dios, la razón, la historia han quedado rezagados ante la pulsión de un mundo tecnocultural que potencia lo sensorial, lo narrativo, lo dinámico, lo emotivo y lo sensacional y que sueña con la idea de un sujeto carente de un sí mismo integrado y coherente y sin unidad y que desconoce los yoos conscientes, estableciéndose en la posibilidad de pensar y sentir de forma muy diferente de lo que se cree o se dice. La conciencia, como origen en que todo se origina: el significado, el conocimiento y la acción, pasa al plano de los edificios derrumbados por la fuerza de un abstracto programa de cálculo o del placer como manifiesto de verdad efímera.

Hoy una de esas miradas pasa por el contorno de la imagen. Sombras y penumbras se proyectan en una realidad no representada, sino simulada. El yo soy pasa por el otro que soy en un continuo de mutaciones y mutantes. El cuerpo mediatizado es una retícula de una sociedad telemática que se mueve en redes de invención e identidades posibles. Mi tangibilidad es superada en la permeabilidad del signo que evapora mi realidad. Mis límites se vislumbran en lo inhumano, en la ergonomía de un orden tecnocultural y en su ideal de superación del desorden y la irracionalidad. En ese mundo de “posibles infinitos”, de “orgías permanentes”, de “libertades irrefrenables”, nos realizamos en la hiperrealización de su simulación. El vacío se hace hiperreal y todo vacío implica la carencia de significado. Es como mirar su propio reflejo y proyectar en el sí mismo la mirada.

Pero, ante el vacío simulado por el vacío, se perfila el vacío de lo concreto materializado en lo físico. La Neurociencia nos mueve en los vaivenes concretos de lo tangible neuronal, cuyos eventos establecen los eventos mentales confinándola (la mente) al sueño de un etéreo no legitimable. El funcionalismo, en cambio, nos pierde en los meandros de los circuitos computacionales, cuyas unidades de control deciden a partir de programas y subprogramas para interpretar y transmitir a la unidad del lenguaje y publicar la información.

Todo nos transporta a pensar en el destino del sujeto, y cuando se habla de destino parece apelarse a fuerzas esotéricas (reconocimiento de los yoos múltiples) que permitan saber si el sujeto podrá sobrevivir a los avatares de una realidad que parece confrontarse permanentemente con lo establecido. Entre cyborgs (organismos cibernéticos, semiartificiales y medio humanos) y mutantes, el sujeto se encuentra en los límites de su propia producción y la subjetividad pasa por la metafísica de su definición. La identidad, en su extrañamiento subjetivo, se asume en la mutabilidad permanente del monstruo contemporáneo en que es todo pero no es nada. El yo es otro, y toda diferencia pasa por la incapacidad de ser precisada y el ser por sí y para sí mismo se reduce a la invención de aquellos que manipulan la electrónica de la información. Cuerpo y maquina se acoplarían en su realidad multidimensional. Desde los medios, con su simulación de la realidad, la genética y las diversas tecnologías cibernéticas, la identidad personal aparece como un puzzle, como un juego de signos y códigos, cuyas piezas híbridas son armables y combinables en un ideal de belleza y perfección (máquina neutra y moldeable) que denota el reflejo de una mirada mediatizada por imágenes exteriores industrialmente elaboradas y cuyo sentido de realidad pasa por la agonía del instante.



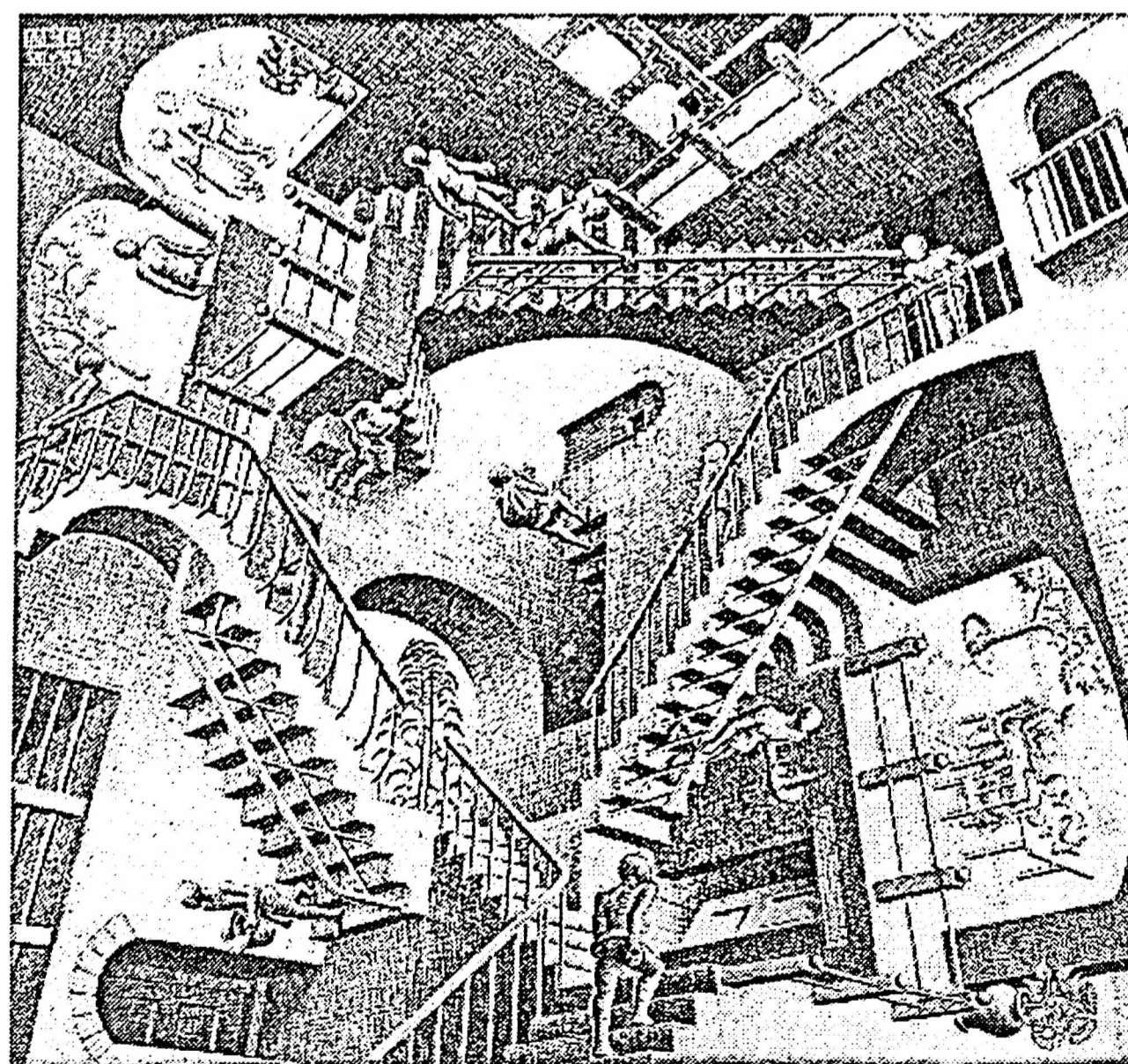
Y LA NAVE VA.....

En esa contemporaneidad vigente y circulante en flujos de información permanente se hace latente una situación de pasaje o de transformación. Desde Aristóteles se percibe que “el mutante, mientras cambia, no es. En el fondo, ése es un punto bastante discutible, pues lo que está en vías de perder una determinada calidad, posee aún algo de lo que va perdiendo y de lo que va adquiriendo, algo ya debe existir. Y, en general, en lo que está pereciendo existe algo aún, y si algo se está generando, de algo debe provenir y por alguna cosa debe ser generada; y ese proceso no se puede prolongar ad infinitum” (Aristóteles, *Metafísica*, citado por Muniz Sodré, 1998, 177-178).

Hoy la pregunta pasa por la paradoja planteada por Hobbes a través de la figura mítica de Teseo que regresó en un barco a Atenas después de derrotar al minotauro y su dualidad laberíntica. Como los años fueron haciendo mella en la estructura del barco y el símbolo debía ser mantenido por lo que representaba, se hizo necesario recomponer todas sus partes de acuerdo al modelo original. Al final se entró en una disputa al intentar determinar cuál era realmente el barco de Teseo, si el reconstruido o aquél que transportó a Teseo en su viaje del Pireo a Delos. Parece que el reconstruido reemplaza al original en su memoria para olvidar lo que era.

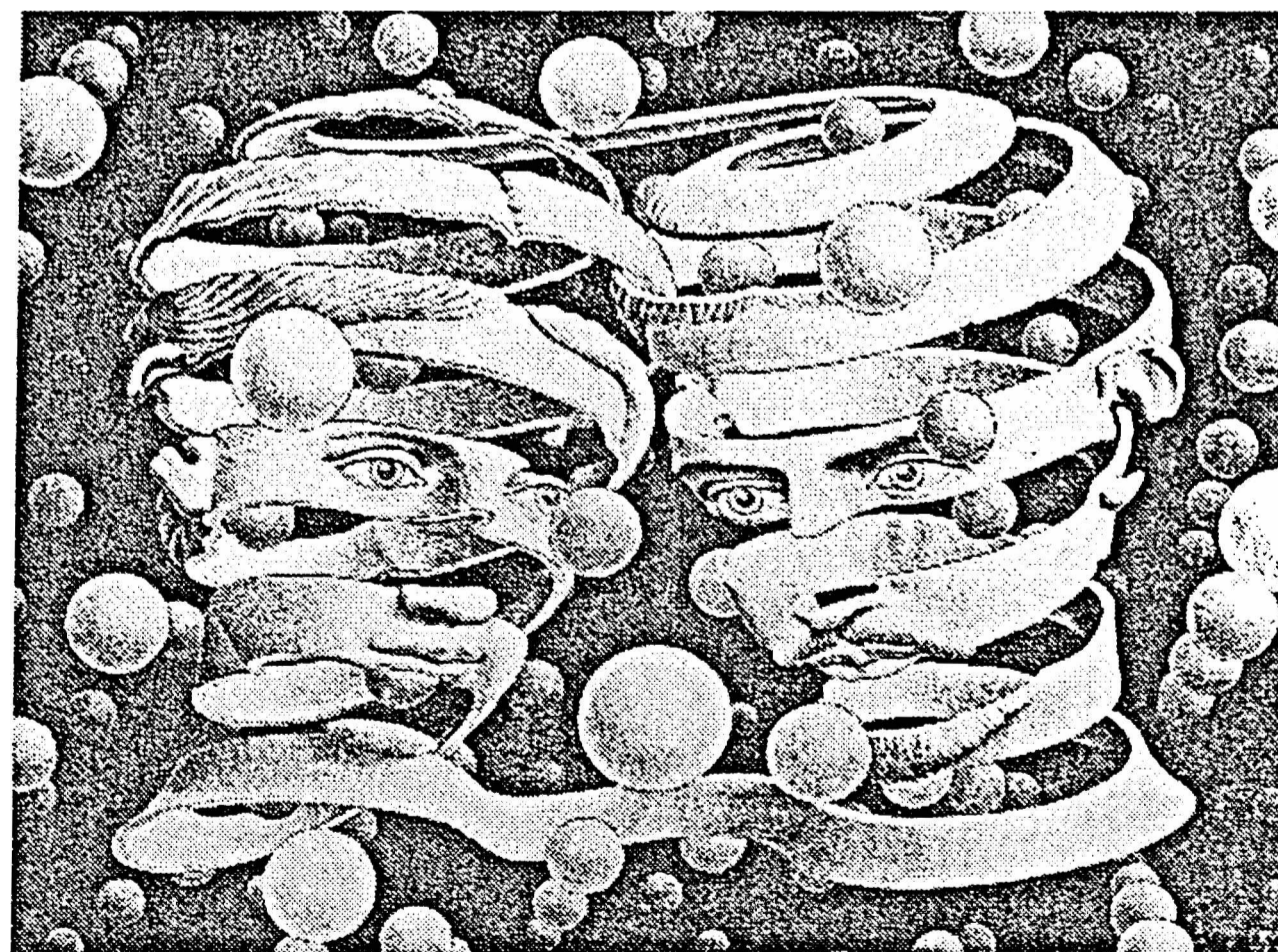
Como una imagen nos transporta a otra imagen, pensamos inmediatamente en las quimeras y monstruos contemporáneos resultado de transplantes y sustituciones de órganos o de clones que ponen en duda la individualidad de cada ser viviente y expurgan el otro en el infierno de lo mismo. Cambiar o morir o, más bien, cambiar para morir (tecnologizar el cuerpo para superarlo y aniquilar la naturaleza humana), parece ser el lema que marca los

pasos de una realidad que deja de ser real. Aunque hoy no podríamos precisar si el alma es una prisión del cuerpo o el cuerpo es una prisión del alma, las identidades se sumergen en ese flujo cambiante en la incertidumbre de los volátiles cambios de visiones vitales: es la metáfora de múltiples yoes, yoes sucesivos, yoes alternantes y yoes divididos. Las interacciones cara a cara se convierten en un sueño de una noche de verano, ya que el frío invierno de las tecnologías del presente nos llevan a la saturación social. “A medida que avanza la saturación social, acabamos por convertirnos en pastiches, en imitaciones baratas de los demás. Llevamos en la memoria las pautas de ser ajenas. Y si las condiciones se vuelven favorables las pondremos en acción. Cada uno de nosotros se vuelve un otro, sólo representante o sucedáneo. Dicho en términos más generales, a medida que pasan los años el yo de cada cual se embebe cada vez más del carácter de todos los otros, se coloniza. Ya no somos uno, ni unos pocos, sino que, como Walt Whitman, “contenemos multitudes” (Gergen, 1992, 103). Esta multifrenia (Gergen) nos trae a colación la película *Zelig* de Woody Allen que, como nos recuerda Calabrese, representa un caso de camaleonismo humano. Ya Goffman en “La presentación de la persona en la vida cotidiana” concebía al “sí mismo” representado como un tipo de imagen, que el individuo intenta que le atribuyan los demás cuando entra en escena y actúa de acuerdo al personaje. Esta atribución responde, según Goffman, al escenario de su actividad como producto de la escena representada: al analizar el “sí mismo” nos desprendemos, pues, de su poseedor, de la persona que más aprovechará o perderá con ello, porque él y su cuerpo proporcionan simplemente la percha sobre la cual



colgará durante cierto tiempo algo fabricado en colaboración. Y los medios para producir y mantener los “sí mismos” no se encuentran dentro de la percha; en realidad, estos medios suelen estar encerrados en establecimientos sociales. Allí habrá una región posterior con sus herramientas para modelar el cuerpo, y una región anterior con su utilería estable. Habrá un equipo de personas cuya actividad escénica, junto con la utilería disponible, constituirá la escena de la cual emergerá el “sí mismo” del personaje representado, y otro equipo, el auditorio, cuya actividad interpretativa será necesaria para esta emergencia. El “sí mismo” es un producto de todas estas providencias, en todos sus componentes lleva las marcas de su génesis” (Goffman, 1994, 269). En ese mundo de escenas y escenarios, en la naturaleza socialmente construida de la identidad personal, se percibe lo que para Goffman es la ilusión de poseer una identidad personal sustancial y que va buscado en el patrimonio de valores de la civilización occidental moderna: culto de la identidad personal, o ideología moral de la identidad personal, o creencias culturales relativas a la identidad personal. La definición de sí, en las palabras de Goffman, es la “justa contribución” por la “justa cuota” dada a la situación. La individualidad, y la dignidad propia que le asociamos, no es otra cosa que el respeto de sí que la sociedad permite al individuo de tener como recompensa por el puesto y el rol social que desempeña. En estos términos, la razón sobre la necesidad de la identidad personal, es esencialmente histórica y moral, y no ontológica o epistémica. La reflexión sobre la identidad personal va relacionada con la preocupación ética de preservar la dignidad del individuo en el ámbito de una comunidad.

En los términos anteriores, el tema de la identidad se diluye para dar paso al tema de su gestión. En otras palabras, la cambiante gestión cotidiana de la identidad (o de las apariencias de la identidad) tiende a cancelar el concepto de identidad. Son variaciones al infinito representadas en forma finita que, en parte, nos recuerdan la paradoja, la ilusión o el doble sentido de los dibujos de Escher: bucles extraños que producen vértigo y ponen en duda lo real y lo fantástico¹. Entre los sueños imaginados está la idea de que cada persona goza de la ilimitada posibilidad de cambiarse a sí misma, de



autodeterminar la propia identidad a su gusto. Ilusión cuya fantasía de libertad confina con un sentimiento de omnipotencia. Y, en esa visión de contenidos que se contienen a sí mismos, de significantes con un valor autónomo, un interés intrínseco, por sí mismos, se sugiere que se pueda igualmente manipular las identidades de los otros.

Así, nuestra experiencia biográfica está marcada por el cambio y en su plasticidad circunstancial busca igualmente acomodar lo que la modernidad estableció como el elemento constante de la vida de una persona: el cuerpo. La centralidad del cuerpo pasa por su simulación en lo que imagino y puedo llegar a ser. Para remediar la corrosión del carácter² se hace necesario buscar la salvación eterna en la apariencia personal o en la eterna juventud³. Cambiar para seguir igual, echando al vacío los ritos de paso en la transición (congelando el tiempo) de las etapas que eran denotadas como importantes por las diferentes culturas del pasado. Hoy los límites se borran. Todo pasa por el pluralismo personal con base en modelos de identidad multicultural (afiliación a diversas identidades colectivas: género, sexo, etnia, religión, profesión). En nuestro rostro se denota la apertura a los otros en la voracidad incesante de la saturación social que, como Polifemo, devora hombres en el marco de una visión única. En esa acumulación de identidades, los susurros internos nos fragmentan haciendo las identidades precarias. He aquí una paradoja: por exceso de identidades, falta una identidad. Drama con visos de tragedia de quién se encuentra privo

¹ Douglas R. Hofstadter. Godel, Escher, Bach. Tusquets Editores, Barcelona, 1989.

² “Tal vez el aspecto más confuso de la flexibilidad es su impacto en el carácter. Los viejos hablantes de inglés, y sin duda alguna los escritores de la antigüedad, tenían perfectamente claro el significado del término “carácter”, a saber: el valor ético que atribuimos a nuestros deseos y a

nuestras relaciones con los demás. Horacio, por ejemplo, escribe que el carácter de un hombre depende de sus relaciones con el mundo. En este sentido, “carácter” es una palabra que abarca más cosas que la más moderna “personalidad”, un término referido a deseos y sentimientos que pueden existir dentro de nosotros sin que nadie más lo sepa. El carácter se centra en particular en el aspecto duradero, “a largo plazo”, de nuestra experiencia emocional”. Richard Sennett. La corrosión del carácter. Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

³ “Lo que aparece es bueno y lo que es bueno aparece”. (G. Debord).

de identidad, que significa no sólo “sufrir”, sino ver disminuir la propia capacidad de sobrevivir y, sobretodo, de sentirse vivo al no retener un sentimiento de identidad.

En ese sentido, la orgía marcada por el festival de las diferencias es reducida al psicodrama de la alteridad. Es el juego de las diferencias para simular las diferencias en un mundo de indiferencias. “En todas partes de esta dramaturgia artificial ha desaparecido la alteridad, pero también el sujeto se ha vuelto poco a poco indiferente a su propia subjetividad, a su propia alienación, de la misma manera que el animal político moderno se vuelve indiferente a su propia opinión. Se vuelve transparente, espectral, y a partir de ahí interactivo. En la interacción, el sujeto no es el otro de nadie. En la medida en que es indiferente a sí mismo, es como si le hubieran hipostasiado vivo sin su doble, sin su sombra, sin su otro. A este precio, se vuelve disponible para todas las combinaciones posibles, para todas las conexiones” (Baudrillard, 1993, 135).

En esa dificultad de gestionar el yo múltiple en sus “espectros sociales”, emerge la figura de lo “trans” en la posibilidad de unificar, integrar o coordinar la alternancia y división de la multiplicidad del yo. Baudrillard, en el marco de lo transexual y su juego de artificios, designa tres modelos tecnoculturales: la Cicciolina, Madonna y Michael Jackson. “El ectoplasma carnal que es Cicciolina coincide aquí con la nitroglicerina artificial de Madonna, o con el encanto andrógino y frankensteiniano de Michael Jackson. Todos ellos son mutantes, travestis, seres genéticamente barrocos cuyo look erótico oculta la indeterminación genérica” (Baudrillard, 1993, 27). Nuevas versiones de para-organismos de incierta atribución humana que nos remontan al pasado y la seducción operada en pensadores y poetas, para no excluir a los lógicos y humoristas. Por un lado Frankenstein, criatura pseudohumana que sufre por su falta de identidad y hasta de un nombre cualquiera. Otro caso memorable es el del Doctor Jekyll y Mr. Hyde, cuya división y alternancia de yoes nos remite a las consecuencias funestas del “cambio” para permanecer igual.

En ese mundo de fantasías reales, la ciencia y la tecnología contemporánea, en apoyo de la neurociencia y el funcionalismo, apela a la res extensa de Descartes y al caso esbozado por Locke⁴ sobre transplantes y transferencias mentales para plantear situaciones en que conciencias humanas son depositadas en una supercomputadora, de adultos duplicados y triplicados o

⁴ John Locke. Ensayo sobre el entendimiento humano. Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

desmaterializados y rematerializados en otro planeta, de personalidades alteradas o divididas en dos o más vidas mentales autónomas, de dos identidades que se fusionan, de cerebros divididos y desdoblados, de memorias cambiadas, etc. Al mismo tiempo, el alma es liberada del cuerpo en la virtualidad y flota en las autopistas de la información para superar la materia que lo ata a un mundo cargado de espacios y tiempos.

En esta sociedad mediatizada, con sus dispositivos maquínicos, lo que vemos nos remite, nos abre a un vacío que nos mira, nos concierne y, en un sentido, nos constituye. En ese mundo audiovisual de identidades diseñadas, es obligatorio recordar a Orwell y el famoso diálogo del protagonista de 1984 con el inquisidor: ¿“Existe el Gran Hermano? Claro que existe. El Partido existe. El Gran Hermano es la encarnación del Partido. ¿existe en el mismo sentido en que yo existo? Tú no existes, dijo O’Brien”.

BIBLIOGRAFIA

- Jean Baudrillard. La transparencia del mal. Editorial Anagrama, Barcelona, 1993.
- Omar Calabrese. La era neobarroca. Ediciones Cátedra, Madrid, 1989.
- Manuel Cruz. Tiempo de subjetividad. Ediciones Paidós, Barcelona, 1996.
- Paul Churchland. Materia y conciencia. Gedisa Editorial. Barcelona, 1992.
- Kenneth Gergen. El yo saturado. Ediciones Paidós. Barcelona, 1992.
- Enrique Gil Calvo. Nacidos para cambiar. Editorial Taurus, España, 2001.
- Erving Goffman. La presentación de la persona en la vida cotidiana. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994.
- Douglas R. Hofstadter. Godel, Escher, Bach. Tusquets Editores, Barcelona, 1989.
- Nicholas Humphrey. Una historia de la mente. Gedisa Editorial, Barcelona, 1995.
- John Locke. Ensayo sobre el entendimiento humano. Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- George Orwell. 1984. RBA Editores, Barcelona, 1993.
- Muniz Sodré. Reinventando la cultura. Gedisa Editorial, Barcelona, 1998.